

OLIVER BALCH

TRAS LOS PASOS
DE BOLÍVAR

Viaje a través de un continente inquieto

Traducción de Alcira Bixio



ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	9
SIMÓN BOLÍVAR	11
INTRODUCCIÓN	13
Precipitándonos en el caos	
I. EL MENDIGO EN TRONO DE ORO	23
Bolivia y la economía	
II. SUFRIDAS SIRVIENTAS	53
Chile y las mujeres	
III. LA MARCHA DE LOS PINGÜINOS.....	101
Argentina y la política	
IV. BANDOLEROS Y BANDIDOS	141
Paraguay y los derechos humanos	
V. LA VIDA EN LA RESERVA ESPACIAL.....	185
Brasil y la raza	
VI. SANTOS DESÓRDENES.....	229
Perú y la religión	
VII. TAPARRABOS Y SOMBREROS DE FIELTRO	271
Ecuador y los pueblos nativos	
VIII. EN MANOS DE LOS TIRANOS	305
Colombia y la violencia	
IX. OPERACIÓN BOLÍVAR.....	343
Venezuela y la revolución	
EPÍLOGO. ¡HASTA LA VICTORIA, SIEMPRE! Cuba.....	383

SIMÓN BOLÍVAR

Revolucionario, fundador de un Estado, filósofo y hombre galante, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios representa el arquetipo del héroe sudamericano. Es Fidel Castro, el Che Guevara y el inca Túpac Amaru todo en uno.

Nacido en 1783 en los estratos más altos de la aristocracia venezolana, gozó de una infancia privilegiada y de una juventud dorada en Europa. Huérfano y viudo antes de cumplir los veinte, también conoció la tragedia.

Desde que regresó a su patria, en 1807, Bolívar dedicó su vida a conseguir la independencia de la América hispánica. A este estratega magistral y general carismático se le reconoce haber liberado los territorios que hoy constituyen Colombia, Venezuela, Panamá, Ecuador, Perú y Bolivia.

Después de su muerte, ocurrida en 1830, el Gran Libertador ha sido figura de orgullo nacionalista y de fábulas literarias. Para los niños de escuela, es el hombre que venció a los españoles y mantuvo en alto la llama de la libertad. Para los teóricos de la política, el visionario que planificó un futuro unido para las tres Américas. Para los sudamericanos corrientes, es la estatua de bronce, el prócer que monta altivo su caballo en las plazas de las ciudades, un ciudadano modelo, romántico incurable y mártir de su causa.

Hoy en día, el primer presidente de la Gran Colombia es objeto de culto a lo largo de todo el continente. Patriota ardiente, héroe americano, *macho*, católico fiel: la imagen de Bolívar se ajusta a todos esos modelos ejemplares. Un país fue bautizado con su nombre. Jefes de Estado defienden sus ideas. Poetas y artistas evocan su memoria.

Pero Bolívar, como Sudamérica misma, continúa siendo poco conocido para el resto del mundo. Hasta el gran emancipador alguna vez dijo que su propio continente estaba «envuelto en un velo de tinieblas». Para aquellos en busca de una antorcha que ilumine su camino, no hay otra más brillante que la propia vida y el legado del Libertador.

INTRODUCCIÓN

Precipitándonos en el caos

Nos precipitamos en el caos de la revolución.
SIMÓN BOLÍVAR, «Carta de Jamaica», 6 de septiembre de 1815.

MAR DEL PLATA, ARGENTINA, 4 DE NOVIEMBRE DE 2005

Un espíritu de carnaval despeja el anubarrado cielo que cubre el estadio de fútbol de Mar del Plata. Me abro paso con los hombros a través de la animada multitud hasta la valla de seguridad instalada en la entrada y logro meterme entre un estudiante anarquista y un ruidoso grupo de veteranos de las Malvinas.

En el escenario, un cantante de protesta entrado en años caldea los ánimos del público con un repertorio de rock y revolución.

«¡Viva la libertad!», grita el presentador e incita a treinta y cinco mil voces a responder al unísono: «¡Viva la libertad!».

El orden del juego se ha invertido, los espectadores están en el campo y los protagonistas en una plataforma temporal armada sobre las gradas bajas del estadio. Las banderas y pancartas tapizan el campo de juego. Una avanzada de acrónimos de tres letras ondea en el viento: MSP, MST, MTR, PCR. Los miembros del Movimiento Patriótico Revolucionario son los únicos con suficiente aptitud caligráfica para protestar con todas las letras. Sobre ellos, colgando del techo, se bambolea un estandarte de más de quince metros de largo con el rostro del Che Guevara, el icono revolucionario sudamericano.

En medio de los latigazos de un chubasco atlántico, el mayor centro de veraneo costero de la Argentina reverbera con las esperanzas de un continente. Los sindicalistas gritan pidiendo mejores salarios, los socialistas vociferan por los derechos de los trabajadores. El rockero de los sesenta sueña con un futuro sin guerra. Los veteranos quieren que les devuelvan las islas. El anarquista de pelo largo clama por nada y por todo al mismo tiempo. Ensordecedor y desesperado, el clamor de todos ellos sacude el estadio abierto.

El vocalista desgastado en tantos combates ha terminado de darle una oportunidad a la paz y le pasa el micrófono a una diminuta mujer indígena de Ecuador. Semioculta detrás de un chal color cielo y una persistente llovizna, la activista de voz estridente lee en voz alta las conclusiones de los cuatro días de reunión de la Cumbre de los Pueblos. Se retira acompañada de un aplauso delirante.

Vuelve a su asiento en la primera fila. Junto a ella está sentado Diego Armando Maradona, leyenda viva del fútbol argentino. Tiene puesta una camiseta con una fotografía impresa de George W. Bush y las palabras «Criminal de guerra», en inglés, garabateadas encima. El fornido futbolista estrella eleva el puño cerrado hacia la muchedumbre. El estadio estalla por segunda vez ante el ademán del héroe de cosecha propia.

Entonces, sube al escenario la verdadera estrella del espectáculo:

—¡Viva el pueblo de Sudamérica!

«¡Viva!», vociferamos todos en respuesta. El bramido resuena en todo el estadio como un grito de guerra.

—¡Viva la vida!

«¡Viva!», suena pura y visceral nuestra respuesta.

—¡Viva la patria!

«¡Viva!», el eco repica cada vez con más fuerza.

Las cámaras de televisión están filmando. Los manifestantes están en éxtasis. Allí, bajo la lluvia, en el escenario, ante su público, Hugo Chávez está en su elemento.

—Hace ya una hora aproximadamente —le dice el carismático presidente venezolano a la multitud—, una camarada cubana se me acerca y me pasa un teléfono... y yo, bueno, ¿con quién voy a hablar yo?

Llamada a cobro revertido desde La Habana, nada menos, de Fidel Castro.

«¡Viva Fidel!»

«¡Viva!»

—Nuestro hermano cubano me encargó que los saludara y les dijera que aunque él no esté físicamente aquí, está con nosotros en este día histórico, que está viendo todo, minuto a minuto, por televisión vía satélite. ¡Vamos a hacerle una bulla al mundo! ¡Que viva el mundo nuevo! ¡Que vivan los pueblos del mundo!

«¡Viva!»

—¿Saben cuál fue la despedida? —el comediante está haciendo los preparativos de su acto, poniéndose a la altura de su figura de propaganda publicitaria—. La voz se despidió como un trueno que

cruzó el Caribe, cruzó el Orinoco, cruzó el Amazonas, cruzó el Río de la Plata y llegó aquí, me dijo: «Chávez, ¡viva el Che, carajo!».
¡Viva el Che Guevara!

«¡Viva!».

El icónico hijo de la revolución política se lleva la ovación de la noche.

El clima empeora a medida que avanza el discurso. Los cielos y el orador compiten en torrentes. Como corresponde a un bautismo en la política revolucionaria sudamericana, parece apropiado que yo me esté empapando hasta los huesos.

Supuestamente, Chávez ha llegado a la ciudad para departir con sus colegas jefes de Estado. El tema central de discusión es el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), un acuerdo de libre comercio continental propuesto por Estados Unidos. En un salón de conferencias fuertemente custodiado del otro lado de la ciudad esperan treinta y tres presidentes americanos, representantes de todo el continente, desde el extremo norte al extremo sur. Para preparar esta conferencia, Mar del Plata se ha puesto en pie de guerra. Las tiendas están protegidas detrás de cortinas metálicas. Un cordón de seguridad cierra el paso a las calles evacuadas del centro de la ciudad. Las divisiones antidisturbios de la policía disuaden con sus armaduras y porras.

El combativo premier venezolano ya ha decidido cómo ha de terminar la cumbre de presidentes:

—Hemos venido aquí hoy a muchas cosas, a caminar, a marchar, a saltar, a cantar, a gritar, a luchar, pero entre tantas cosas de las que hoy hemos venido a hacer aquí en Mar del Plata hoy, cada uno de nosotros trajo una pala, una pala de enterrador, ¡porque aquí en Mar del Plata está la tumba del ALCA!

El gentío está pendiente de sus palabras y los medios ya tienen la frase del titular.

—¿Quién enterró al ALCA?

El autoproclamado socialista del siglo XXI no necesita preguntar, pero de todos modos nos da la respuesta.

—Los pueblos de América enterramos al ALCA, hoy, aquí en Mar del Plata.

El júbilo es general y el flamear de las banderas acompaña la algarabía.

Pero esto no es sólo teatro político. Para Chávez, está en juego la historia del mundo. Entre las anécdotas y los insultos, nos da una conferencia sobre el fascismo y el cambio climático («dentro de cien